

Homilía del arzobispo Ángel Cardenal Rossi sj

Celebramos hoy, este misterio hermoso de que Jesús quiso encarnarse en familia. La fiesta grande de la sagrada familia y esta es la idea que nos comunica hoy que podríamos formularla así: para hacerse hombre Dios quiso, eligió y necesitó de una familia. ¿No? Y junto con eso, nos unimos a la Apertura del Jubileo, a la apertura de este Año Santo. El Papa lo ha hecho algunos días y cada diócesis lo hace ya no abriendo puertas sino que justamente la Puerta es la que abrió el Papa allá en Roma. Y uno dice bueno, ¿y ahora? ¿Y nosotros qué? ¿Qué puertas? El desafío es esto. Ahora, el desafío es, primero abrir o acceder a esa puerta abierta del corazón del Señor y posiblemente, es la síntesis del pontificado del Papa Francisco: las puertas abiertas a la misericordia. Si uno tuviera que sintetizar en una palabra el pontificado de Francisco tendría que usar la palabra misericordia. Dios perdona a todos, Dios perdona todo. Y uniendo las dos fiestas, por un lado, esta gracia de la puerta y la gracia de la familia, se dice que Dios primero se dio cuenta que solo se ama lo que se puede abrazar y entonces nos regaló al Hijo, venido en carne, nacido de mujer. Y Juan Pablo II unía estas dos realidades que hoy celebramos, decía: “¡sean familias de puertas abiertas!”. Una familia es de puertas abiertas, no solo en el sentido físico, sino cuando adentro hay cariño, cuando adentro hay fidelidad. La apertura es signo de fidelidad. Y uno dice ¿apertura hacia quienes? En primer lugar, puertas abiertas a Dios, al Señor. Es lindo aquello que decía, un autor francés, lo decía conociéndose frágil y conociéndose que muchas veces no le era fiel al Señor, le decía aquella oración tan sincera: “Señor, si por esas vueltas de la vida, yo te cerrara la puerta, por favor, metete por la ventana”. En segundo lugar, puertas abiertas hacia la persona amada y hacia las personas amadas. Comenzando por los de nuestra sangre, nuestra familia, nos abrimos las puertas entre nosotros, dentro de la familia. La apertura se muestra en las palabras y en los gestos. Uno sabe bien, hay rostros de puertas abiertas, hay ojos de puertas abiertas, hay sonrisas de puertas abiertas, así como también se encuentran rostros clausurados sonrisas tapeadas, miradas llenas de cerrojos. La apertura marca un modo de ser. Y nuestras casas están abiertas cuando hay paz, cuando hay calor de hogar. Y en tercer lugar, las puertas abiertas de familia hacia el prójimo. Y dentro de los prójimo especialmente, a los más pobres, a los más golpeados por la vida. Uno puede preguntarse ¿no? ¿Quien llega a casa, se va mejor que cuando llegó? O ¿se va más enervado? Si vino preocupado, ¿se va más contento? ¿Se va con una lucecita en el corazón? O se va más ofuscado, mas angustiado. ¿Cobijamos o echamos? ¿Descansamos o enervamos? ¿Suavizamos el camino o lo hacemos más difícil?

Interesante leemos o escuchamos que el sujeto actual no necesita a la familia tradicional para ser él, o integrarse en la sociedad. Lo cual es simplemente, una mentira. Nadie quiere definirse sin familia. Cada uno defiende, querer dar, su modo y su idea de familia. Pero la idea de familia está grabada en el corazón, es poderosa. Fíjese, ¿que tiene la familia? ¿Cuál es el contenido que hace que nadie quiera perder ese nombre para las relaciones que vive? ¿No? Y es que la familia nos da una historia y una esperanza que son nuestras. Por eso, todo el mundo quiere basar sus relaciones

y quiere para sus relaciones el título sagrado de familia. Nadie quiere quedarse sin tiempo, sin historia que contar, sin proyectos para vivir y eso te lo da la familia. Mi historia de familia, es mi corazón. Integra todo. Todo lo que vivo se teje en torno a estas imágenes vivas, a estas personas que me constituyen y son los que le dan vida a todo lo demás. Molde y contenido principal de todo lo vivido. De aquel que soy yo. Sin papás, sin mamá, sin mis hermanos, sin abuelos, no sabríamos ni siquiera relacionarnos con los demás. La realidad es que somos familia, venimos de un papá y de una mamá y nos prolongamos en nuestros hijos y nietos. Y todo esto, en medio de nuestro pueblo, en medio de la humanidad, de esa gran familia de la que vienen nuestras raíces y hacia las que se extienden nuestros frutos, gracias al trabajo y gracias a la cultura. El Papa Francisco, siempre resumió esto en una frase: “identidad es pertenencia”. Sin pertenencia a nuestra familia y a nuestro pueblo, no tenemos identidad.

Por lo tanto, amar con pasión la propia familia, es fuente de paz. Amá tu familia aunque esté rota, aunque ande a medias. Cuida lo que hay sanito de ella, lo que funciona. Es tu identidad, tu pertenencia. Es tu corazón, tu historia, tu esperanza. Yo te podría decir cómo lo que dijo a Dios, Moisés, interesante. A Moisés el pueblo lo traiciona, no le obedece y entonces, medio triste fue a rezar y Dios le dice si quieres te cambio, si quieres te hago un pueblo nuevo que sea fiel y coherente y, lindo lo que contesta Moisés, ojala nosotros también, dice Moisés a Dios: “no quiero una familia nueva, quiero esta, aún con todo sus defectos”.

Interesante. Y haciendo un poco memoria del tema del tiempo de la pandemia. (Recemos, para que no vuelva). Primera cosa, pero que no deja de ser curioso que la pandemia, además de hacernos sufrir y pedirle a Dios que se acabara y logró lo que quizás parecía imposible: el sentarnos a la mesa en familia, sin urgencias, mirándonos a la cara, teniendo sobremesas que estaban en muchos casos desterradas. Escuchando canciones y chistes de familias, contándonos historias y anécdotas que corrían el peligro de ser olvidadas. Y las ausencias y distancias nos hicieron valorar y nos hicieron nostalgia las presencias y cuidamos a nuestros ancianos y telefoneamos a los solitos y entretuvimos heroicamente a los niños encerrados en casa ¿no? Pedir la gracia de no olvidarnos, dentro de todo lo doloroso, todo lo negativo de la pandemia, quizás este, que es un aspecto a rescatar y que sería interesante que no lo olvidemos.

Por otro lado, gestos de amor, los que generan los vínculos inconscientes, no es sólo lo que usted le dice a los hijos, a los nietos, sino también lo que ellos ven en usted. Y si bien, la capacidad de seducción de los medios es indudable, la profundidad de su impacto es mucho menor que el impacto de las personas significativas. Nada influye más en un individuo, incluso adulto, que aquello que nos llega de las personas que son afectivamente más importantes para nosotros. Especialmente, si se dirigen a nosotros con el testimonio de sus vidas. De hecho quiero decir que toda familia educa de algún modo, aunque no sea con sus mensajes explícitos, sino con su manera de vivir. Un crío, un jovencito, un niño, le dejó a su madre sobre la mesa de la cocina una cartita donde le decía: “cuando pensabas que no te veía, te vi pegar mi primer dibujo en la heladera e inmediatamente quise pintar otro, cuando pensabas que no te veía te vi arreglar y disponer de todo en nuestra casa para que fuese agradable, vivir pendiente de detalles y entendí que las pequeñas cosas son las cosas especiales de la vida. Te escuché rezar y supe que existía un Dios al que le podría yo hablar y en quien confiar. Cuando pensabas que no te veía, te vi preocuparte por

tus amigos sanos y enfermos y aprendí que todos debemos ayudarnos y cuidarnos unos a otros. Te vi dar tu tiempo y dinero para ayudar a personas que no tienen nada y aprendí que aquellos que tienen algo deben compartirlo con quienes no lo tienen. Cuando pensabas que no te veía te sentí darme un beso por la noche y me sentí amado y seguro. Vi como cumplías con tus responsabilidades aún cuando no te sentías bien y aprendí que debo ser responsable cuando crezca. Cuando pensabas que no te veía, vi lágrimas salir de tus ojos y aprendí que algunas veces las cosas duelen y que está bien llorar. Cuando pensabas que no te veía, te vi y quise decirte gracias por todas las cosas que vi cuando vos pensabas que no te veía". Por lo tanto, la moraleja es diríamos así, no te preocupes por que tus hijos, tus nietos, tu familia, no te escuchan. Preocúpate por que te ven todo el día.

Por otro lado, remarcar algo que el Papa también insiste casi obsesivamente, cariñosamente, obsesivamente, del cuidado de nuestros abuelos, de los mayores. Que son justamente el rescoldo de la sabiduría y el rescoldo de la memoria de familia. Interesante, Arturo Pérez Reverte el escritor español decía: "permitir que un ser querido se vaya sin negarnos el tesoro de su memoria es ser doblemente huérfanos. Es quedarnos más desorientados y más solos". Conversen con sus abuelos. Inténtenlo porque vale la pena. Ahora que aún es posible siéntense junto a ellos y háganlos hablar si es que pueden. Tengan la inteligencia, la viveza, (diríamos nosotros) la astucia, de que el nieto, el adolescente, la jovencita, a quienes nada parece importarles, se interesen por esa memoria familiar que pronto va a desvanecerse como humo en la brisa. Porque un día ellos se alegrarán de haber escuchado. De conocer de donde vienen y quienes lo hicieron posible. De saber que los testigos de su memoria no pasaron sin dejar huellas por este lugar extraño, triste, bello, peligroso, fascinante, al que llamamos: la vida.

Que el Señor nos conceda esta gracia. Que nos animemos primero a saber que las puertas del corazón misericordioso del Señor, estén abiertas de par en par, pedir la gracia de revisar las nuestras. Nada de recibir por una rendija ¿ah? sacando un ojito sino animarse a abrir. Y a la vez, también, pedir por todas nuestras familias. Yo termino con aquello que contaba, Juan XXIII, cuando cumplió 50 años. Le escribió a sus papás. Sus papas era dos tanos sencillísimos apenas sabían leer y escribir y él les dice: "desde que salí de casa he leído muchos libros y he aprendido muchas cosas que ustedes no podían enseñarme pero lo poco que aprendí de ustedes en casa es ahora lo más preciosos e importante. Lo sostiene y da vida y calor a las demás cosas aprendidas después de tantos años de estudio y enseñanza. De ustedes aprendí a confiar en el Señor, a conservar la paz del corazón, a buscar el lado bueno de la gente y de las cosas, a obrar con paciencia y a ser el bien a todos y nunca el mal. Estas cinco cosas. Hm. Que viene bien recordarlas, confiar en Dios, conservar la paz del corazón, buscar el lado bueno de la gente, de las cosas, obrar con paciencia, hacer el bien a todos y nunca el mal. Se lo pedimos hoy de un modo especial a la sagrada familia, a la Virgen, que la llamamos Madre de Esperanza. Y el lema de este año es este: ser peregrinos de esperanza. La peregrinación habla de camino, caminos de la Vida y al esperanza es esta, esta gracia inmensa. La gracia dicen que es la que más le gusta a Dios, junto con a caridad. Pedimos que la Virgen, que San José, nos abran el corazón para comenzar este año de gracia así: A puertas abiertas. Que así sea.

Córdoba, 29 de diciembre de 2024